
PSIQUE Y ALMA

Ver: *Alma y psique / Espíritu / Psique y cuerpo / Génesis de la realidad humana*

«La sustantividad humana tiene un conjunto de notas parcialmente comunes con el animal superior, por las que surge de un *phylum* determinado. Son las notas corporales que constituyen lo que llamamos *cuerpo humano*.

Pero la sustantividad humana tiene un conjunto de notas parcialmente distintas de las de un animal superior. Son las que llamamos notas psíquicas humanas, a cuyo conjunto llamo *psique* humana. La llamo así para evitar que se considere ese conjunto de notas como una sustancia o al menos como principio sustancial, es decir, para evitar lo que vulgarmente llamamos “alma”.

La psique no es alma, esto es una sustancia interior al cuerpo que sería también sustancia. La realidad sustantiva humana es un sistema de notas, psíquicas unas (psique), corporales otras (cuerpo). Psique y cuerpo no solamente no son sustancias, sino que cada uno es solamente un sistema *parcial* de notas de la sustantividad humana.

Por eso las llamo “sub-sistema” del sistema de la sustantividad humana. Tienen ciertamente muchos caracteres de un sistema, pero les faltan algunos caracteres esenciales para serlo, por ejemplo, su clausura estructural. Es lo que expresa el prefijo “sub”. Sólo por abstracción pueden llamarse sistemas. Como estricto sistema no hay sino la sustantividad humana.

En su virtud no hay una acción del “alma” sobre el “cuerpo” ni de éste sobre aquélla, sino una acción única, la acción entera no de la sustancia sino de la sustantividad humana que es siempre y sólo psico-somática, pero con dominancias distintas en unos casos de las notas corporales y en otros de las notas psíquicas.

Como influencia no hay más influencia que la de un estado psico-somático sobre otro estado psico-somático. No hay psique “separada” del cuerpo. Psique y cuerpo, por tanto, no sólo no son sustancias, sino que tampoco son sustantividades *yuxtapuestas*, ni tan siquiera sustantividades *unidas*, porque ni la psique ni el cuerpo tienen sustantividad. No hay *unión* sino *unidad* sistemática. Sólo desde un punto de vista fragmentario y abstracto

pueden considerarse estos subsistemas como sistemas, al igual que podemos hablar de un sistema nervioso a diferencia de otros sistemas corporales; ninguno de ellos es plenamente sistema, sino que son momentos parciales y abstractos del único sistema, el sistema del organismo vivo.

En su virtud todo lo psíquico es corpóreo; y lo corpóreo es psíquico. Esta unidad es justo la unidad de la realidad humana. Lo que llamamos psique y cuerpo, repito, no son sino subsistemas de notas de un sistema único, del sistema de la sustantividad humana, psico-corpórea.

Esto no es un materialismo. Primeramente, porque el concepto de materia que aquí expongo es distinto del concepto de materia que ha dado lugar a lo que se ha llamado materialismo.

Y en segundo lugar porque el materialismo consiste en decir que no hay más realidad que la material. Ahora bien, decir que toda realidad mundanal sea solamente material, incluso si se adopta el concepto de materia que aquí he expuesto, es algo absolutamente falso. Por eso mejor que *materialismo* llamaría yo a esta concepción *materismo*.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 455-457]

•

«La realidad sustantiva humana es la propia de un animal de realidades. Es una realidad y cuyas dimensiones *todas* pertenece intrínseca y formalmente la animalidad. El hombre es la unidad de un animal de realidades. ¿En qué consiste esta unidad?

El hombre es un complejo sistema de notas. Unas son de carácter físico-químico. Pero hay otras que son irreducibles a las anteriores no por razón de su complejidad sino por su propia naturaleza. Constituyen lo que solemos llamar psiquismo. Pero al hablar de psiquismo es necesario evitar confusiones.

La primera, más que confusión, es la identificación que se viene estableciendo por la filosofía moderna entre psiquismo y conciencia. Y esto no es verdadero. Una cosa es que la conciencia fuera la *ratio cognoscendi* de lo psíquico (cosa por lo demás discutible), otra que sea la conciencia la *ratio essendi* de lo psíquico.

Lo psíquico no es lo consciente. Lo psíquico es un tipo de realidad que, por ser lo que es como realidad, puede a veces, y no siempre, ser consciente. El psiquismo como realidad es “ajeno” a toda conciencia.

Y no digo que es “previo” a toda conciencia porque esta expresión podría sugerir que lo psíquico consiste en ser el prenuncio de la conciencia. Y no es así. Sea o no consciente, lo psíquico es de suyo lo que es anteriormente a toda conciencia. He aquí la primera confusión que era necesario evitar.

Pero hay una segunda confusión no menos nefasta que la anterior. Se propendería a creer que la conciencia es lo propio de todo acto "superior" (intelectivo, sentimental, volitivo, etc.), mientras que lo que aquí llamamos psíquico sería propio tan sólo de lo vegetativo y de lo sensitivo. Pero esto es falso.

Porque aun suponiendo que todo lo "superior" fuera consciente (cosa también discutible), sin embargo, la conciencia no tiene en esta esfera sustantividad ninguna. Es tan sólo el carácter de algunos actos, de los actos conscientes.

No hay "conciencia" sino "actos conscientes". Pues bien, dentro de estos mismos actos, lo que tiene de acto realmente ejecutado es por su propia índole anterior a lo que tienen de conscientes, y es fundamento de éste su carácter consciente. Tanto más que al ser conscientes estos actos, no nos es consciente toda la realidad psíquica de los actos mismos. Lo mal llamado "superior" no es idéntico a lo consciente.

En definitiva, lo psíquico es un momento de mi realidad irreducible a lo físico-químico, pero esta irreductibilidad no está constituida por la conciencia. Lo psíquico es realidad unitariamente vegetativa, sensitiva y "superior", y es como realidad anterior a toda conciencia.

Esto supuesto, el hombre como realidad es una unidad, pero no una unidad de sustancia, sino la unidad de una sustantividad, esto es, la unidad coherencial primaria de carácter psíquico.

No es, pues, una unidad sustancial sino una unidad estructural. Por tanto, a la realidad *física* de cada nota le es *físicamente constitutivo* el ser desde sí misma "nota-de" todas las demás, esto es, del sistema. El "de" es un carácter estrictamente "físico".

La sustantividad consiste formalmente en la suficiencia constitucional de un sistema de notas. El momento físico-químico de esta sustantividad no es, como suele decirse, "materia" ni siquiera "cuerpo" (cosas ambas asaz vagas), sino que es precisa y formalmente "organismo", esto es, una especie de subsistema parcial del sistema total. Y el aspecto psíquico de esta sustantividad tampoco es, como suele decirse, "espíritu" (término también muy vago).

Podría llamarse alma si el vocablo no estuviera sobrecargado en el sentido especial, muy discutible, archidiscutible, de una entidad "dentro" del cuerpo, etc. Prefiero por eso llamar a este aspecto simplemente "psique". La psique es también sólo un subsistema parcial.

Pues bien, el hombre no *tiene* psique y organismo, sino que es psíquico y orgánico. Pero no se trata de una unidad *aditiva* de dos *sustancias*, sino de una unidad *sistemática de notas*.

Porque organismo y psique no son sino dos subsistemas parciales de un sistema total, de una única unidad sistemática, de una única sustantividad. Ni organismo ni psique tienen cada uno de por sí sustantividad ninguna. El

hombre no es psique “y” organismo, sino que su psique es formal y constitutivamente “psique-de” este organismo, y este su organismo es formal y constitutivamente “organismo-de” esta psique. La psique es desde sí misma orgánica y el organismo es desde sí mismo psíquico.

Este momento del “de” es numéricamente idéntico en la psique y en el organismo. Y posee carácter “físico”. Esta identidad numérica y física del “de” es lo que formalmente constituye una unidad sistemática de la sustantividad humana.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 47-49]



«La sustantividad humana tiene un conjunto de notas parcialmente distintas de las de un animal superior. Son las que llamamos notas psíquicas, a cuyo conjunto es a lo que llamo *psique*. Lo llamo así para evitar que se considere ese conjunto de notas como una sustancia o, al menos, como principio sustancial, es decir, para evitar lo que vulgarmente llamamos *alma*.

La psique no es el alma, esto es, una sustancia interior al cuerpo que sería también sustancia. La realidad sustantiva humana es un sistema de notas, psíquicas unas (psique), corporales otras (cuerpo).

Psique y cuerpo no solamente no son sustancias, sino que cada uno es solamente un sistema parcial de notas de la sustantividad humana. Por esto los llamo sub-sistemas del sistema de la sustantividad humana.

Tienen ciertamente muchos caracteres de un sistema, pero les falta algunos caracteres esenciales para serlo, por ejemplo, su clausura estructural. Son solamente lo que expresa el prefijo *sub*. Sólo por abstracción pueden llamarse sistemas. Como estricto sistema no hay sino la sustantividad humana.

En su virtud, no hay una acción del alma sobre el cuerpo ni de éste sobre aquélla, sino una acción única, la acción entera no de la sustancia sino de la sustantividad humana, que es siempre y sólo psico-somática, pero con dominancias distintas, en unos casos, de las notas corporales y, en otros, de las notas psíquicas.

Como influencia no hay más influencia que la de un estado psico-somático sobre otro estado psico-somático. No hay psique separada del cuerpo. Psique y cuerpo, por tanto, no sólo no son sustancias sino tampoco sustantividades yuxtapuestas, ni tan siquiera sustantividades unidas, porque ni la psique ni el cuerpo tienen sustantividad, sino que son tan sólo momentos de una única sustantividad. No hay unión sino unidad sistemática.

Solo desde un punto de vista fragmentario y abstracto pueden considerarse estos subsistemas como sistemas, al igual que podemos hablar de un sistema nervioso a diferencia de otros sistemas corporales, aunque ninguno

de ellos es plenamente sistema, pues son momentos parciales y abstractos del único sistema del organismo vivo. En su virtud, todo lo psíquico no sólo tiene notas corpóreas, sino que es corpóreo; y todo lo corpóreo no sólo tiene notas psíquicas, sino que es psíquico.

Esta unidad es justo la unidad de la realidad humana. Lo que llamamos psique y cuerpo, repito, no son sino subsistemas de notas de un sistema único, del sistema de la sustantividad humana.

Esto no es materialismo. Primeramente, porque el concepto de materia que aquí expongo es distinto del concepto de materia que ha dado lugar a lo que se ha llamado materialismo. Y, en segundo lugar, porque el materialismo consiste en decir que no hay más realidad que la material.

Ahora bien, decir que toda realidad mundanal sea solamente material, incluso si se adopta el concepto de materia que aquí he expuesto, es algo absolutamente falso. Por esto, mejor que *materialismo*, llamaría yo a esta concepción *materismo*.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 589-591]



«Al igual que el organismo, la psique no está dada de una vez para todas; la psique no surge ya completamente hecho, ni en el individuo ni en la especie. Hay, pues, una estricta *morfogénesis de la psique*. A mi modo de ver es esencial la idea de una *morphé*, de una forma de la psique misma y no sólo del psiquismo.

Pero esta morfogénesis de la psique no es sino un momento de la morfogénesis. Porque desde el plasma germinal no hay sino un solo sistema integral psico-celular.

Y por tanto la morfogénesis es una *morfogénesis del sistema*, que es «a una» psíquica y orgánica. No hay sino una *morfogénesis humana* desde el plasma germinal. Y en esta fase germinal la psique se va conformando genéticamente en actividad pasiva.

Muy poco más adelante precisaré esta idea. La he anticipado aquí para eliminar desde un principio la idea de que la psique está adscrita *en exclusiva* al sistema nervioso, y sobre todo al cerebro.

Esto es, se ha generalizado la idea de que lo psíquico no comienza más que cuando hay cerebro. Pienso, por el contrario, que la psique está adscrita al plasma germinal, y en él está en actividad bien que pasiva. Su psiquismo es entonces puramente pasivo.

Ciertamente, el cerebro influye evidentemente en el *psiquismo*, pero esta influencia no significa que antes del cerebro no hubiera *psique* en actividad pasiva. Es la célula germinal a lo que la psique está primaria, radical y formalmente adscrita. Lo que el cerebro hace es *autonomizar* hasta cierto punto la fase accional del psiquismo.

Gracias al cerebro la psique entra en actividad accional, esto es, en lo que con notoria impropiedad se ha llamado «psiquismo superior» y conciencia. Nada menos, pero nada más. Yo he dicho que el cerebro autonomiza este aspecto del psiquismo «hasta cierto punto», porque el cerebro no sólo regula la actividad de la psique y del organismo, sino que esta actividad psico-orgánica está a su vez regulando la actividad nerviosa y cerebral, por tanto, el psiquismo entero.

Es una unidad cíclica que pone bien de manifiesto que la psique no está primaria y radicalmente adscrita al cerebro sino al organismo entero desde la célula germinal.

Más aún, este proceso cíclico no se limita a la transmisión del impulso nervioso, sino que tiene un aspecto bioquímico esencial. El cerebro mismo «segrega» neuropéptidos y hormonas que regulan la actividad de la hipófisis. Y en términos más generales, hay toda la actividad de los transmisores bioquímicos. No son ellos los que «explican» lo psíquico, sino que son los que conforman pasivamente la psique adscrita al organismo desde el plasma.

En el proceso morfogenético desde el plasma germinal se va conformando la psique, digo. Y en esto consiste, a mi modo de ver, el objeto de lo que se ha llamado «psicología profunda»: es el proceso de constitución psíquica concreta desde el plasma germinal mismo.

No es el dominio de lo «preconsciente» en cuanto «pre» de la conciencia, porque esto sería dar por sentado que lo psíquico es por esencia «conciencia», y que todo lo demás es mera preparación para ella.

Tampoco es el dominio de lo consciente «reprimido». es el dominio de la constitución de los caracteres del psiquismo en cuanto «realidad psíquica». La conformación de la psique como realidad es, pienso, lo que constituye la psicología profunda.

Esta psicología no puede identificarse con lo biológico, pero no puede prescindir de lo biológico, porque toda actividad humana sin excepción ninguna es constitutivamente psico-orgánica. Lo profundo de la psique no es un sistema de secuelas más o menos larvadas de actos ejecutados, sino la configuración de la psique misma, proceda o no de influencias externas.

Si estas influencias existen, lo profundo está no en las secuelas que dejan en el funcionamiento psíquico sino en la formación de la psique misma. Tanto más cuando que esta conformación no siempre se debe a influencias externas. Puede deberse a la constitución misma del plasma germinal.”

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 489-491]



«La psique y todas, absolutamente todas sus notas, se van haciendo unitariamente de un modo pasivo en la actividad psico-orgánica en que el

hombre consiste. Toda la actividad humana es constitutivamente psico-orgánica.

Lo orgánico es un momento intrínseco y formal de todo lo psíquico. Desde la integridad y el equilibrio génico hasta la diferenciación (histológica, anatómica, y topográfica) y la organización funcional del cerebro, lo orgánico es un momento intrínseco y formal de toda actividad psíquica, por ejemplo, la intelectual.

Un momento ciertamente de diverso carácter. Pero todos estos factores orgánicos están modelando intrínseca y formalmente el modo de pensamiento y de intelección; la oligofrenia fenilpirúvica y el mongolismo nos lo ha puesto bien de manifiesto.

Más aún, cuando se organice el cerebro, habrás aspectos de la actividad psíquica más o menos topográficamente localizados, a veces (como en el sistema límbico) con una precisión casi microscópica, rayana en lo increíble. Otros aspectos no acusan hoy por hoy esta localización precisa, pero sí exigen la actividad cerebral.

Así, no hay ningún «área» cerebral específicamente determinada para la intelección, pero se requiere un mínimo de corteza y de organización funcional para ella. Es una especie de actividad cerebral inespecífica. [...] Por ejemplo, la evidencia según la cual se «ingeliga» que dos y tres son cinco no es algo que cueste trabajo. Pero es que la realidad de la intelección humana no está constituida sólo por esta evidencia.

Es que el hombre tiene que *estar inteliendo* con evidencia que dos y tres son cinco. [...] El esfuerzo de intelección no es mera condición instrumental de ésta, sino un momento intrínseco pero formal del proceso intelectual. Las estructuras cerebrales modelan, pues, el tipo y el proceso de intelección.

Pero, por otra parte, no hay procesos orgánicos en el cerebro capaces de dar cuenta de una idea genial, de una evidencia creadora, etc. El electroencefalograma de un genio y el de un hombre vulgar son en principio iguales. [...]

En todas sus fases vitales, pues, el hombre no tiene más que una sola y misma actividad psico-orgánica con dominancia variable de pasividad y de accionalidad en unas notas a diferencia de otras.

No hay actuación de la psique «sobre» el organismo, ni de este sobre aquélla, ni hay un paralelismo entre ambos, porque lo que no hay es ese «ambos»; no hay sino una única estructura psico-orgánica cuya unitaria actividad se despliega variablemente a lo largo de la vida.

Cada fase de esta actividad es la constitución de un nivel psico-orgánico.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 492-494]



«El hombre es una estricta unidad. Es cosa material, pero no puramente material. Sus notas materiales constituyen lo que llamamos *organismo*; es materia biológica de subtipo organismo. Las notas psíquicas constituyen algo que no llamo *alma* porque este vocablo tiene ya un sentido archidiscutible, el de una entidad propia alojada dentro del organismo y separable de él.

Esta concepción es pura teoría. Por esto prefiero llamar a estas notas *psique*. Ni el organismo ni la psique son por sí mismos sistemas unitarios, sino que son tan sólo cuasi-sistemas parciales dentro del sistema total humano.

Tienen una cierta unidad, pero nunca es unidad estricta. Si, para explicar una acción cualquiera, queremos partir, por ejemplo, de las reacciones físico-químicas, llegará un momento en que, para dar cuenta del curso y de la concatenación de las propias reacciones físico-químicas, habremos de apelar a notas psíquicas: a hacerse cargo de la situación, a la opción, etc. Esto es, las reacciones físico-químicas no tienen clausura cíclica; el organismo, por tanto, no tiene sustantividad.

Pero la psique tampoco tiene sustantividad, porque, sin determinadísimas reacciones físico-químicas, no sería posible ni entender, ni optar, ni ejecutar acción ninguna. La psique carece de clausura cíclica, y por tanto de sustantividad. Toda la psique es psique *de* este organismo, y este organismo es organismo *de* esta psique.

El organismo es desde sí mismo psíquico, y la psique es desde sí misma orgánica. Este momento del *de* constituye la unidad sistemática, la estricta unidad del viviente humano: el hombre es la unidad de un constructo estructural psico-orgánico.

No se puede hablar de psique sin organismo, ni de organismo sin psique. Sin organismo la psique no es viable, sin psique el organismo no es viable. El hombre es, pues, realidad material, pero no es realidad puramente material.

Ahora bien, esta unidad es estricta sustantividad. Porque el hombre, por su momento orgánico, es un fragmento del Cosmos material. Pero, por su momento psíquico, no lo es. Porque el hombre se comporta consigo y con las cosas como realidades. Y, por tanto, la realidad de cada hombre, y no sólo sus propiedades y configuraciones, es *su* realidad.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p.424-425]



«Toda nota psíquica envuelve formal y constitutivamente el momento de realidad. Así, por no poner sino un par de ejemplos, el sentimiento es afecto de lo real; es en sí mismo un modo afectivo de versión a la realidad. La volición es formalmente determinación en la realidad de mi realidad

humana, por tanto, como determinable y determinanda en la realidad; es otro modo de versión a la realidad. Y así de todas las demás notas psíquicas.

Todo el psiquismo envuelve estructuralmente el momento formal de realidad. Para ello hace falta que lo real está presente a la psique. Y este estar presente de lo real a la psique, esta aprehensión de lo real formalmente como real, es lo que a mi modo de ver constituye la inteligencia (en el sentido de intelección). Es, pues, la nota radical de lo psíquico.

Esto no es un intelectualismo, porque el intelectualismo se halla montado sobre una idea distinta de la inteligencia, según la cual inteligir es concebir y juzgar. Pero esto es falso. Intelección es aprehensión de lo real como real. Por esto habremos de hablar más que de intelectualismo –cosa falta– de *inteleccionismo*.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 591]



«La evolución a lo psíquico está hecho por la transformación de las estructuras celulares animales, pero no está hecha por ellas por sí mismas. El punto determinante del primer acto es algo muy preciso, a mi modo de ver: es la hiperformalización animal. Estructuras celulares hiperformalizadas son las que producen *eo ipso* el acto de elevación.

Evolución y elevación son dos potencialidades del Cosmos mismo. El poder de elevación es del Cosmos mismo.

De ahí que:

a) Esta elevación concierne a todo el *phylum* humano y, por tanto, es una elevación que pasa de progenitores a engendrados.

b) La psique misma no se transmite, porque la elevación no es la psique. Cada psique surge individualmente desde cada célula germinal.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 604]



«Lo primero que hay que decir es que la *psyché* no es simple “**espíritu**”, esto es, algo meramente dotado de inteligencia y voluntad, como pretendía Descartes. No que la *psyché* carezca de estas notas, sino que la *psyché* es algo que desde sí misma, por su intrínseca índole, está entitativamente (es decir, en el orden constitutivo) vertida a un cuerpo.

No es que la *psyché* “tenga” un cuerpo; no es que tan solo “necesite” de un cuerpo para actuar. Es que en sí misma, por ser la realidad que es, es formalmente “versión a” un cuerpo. en este sentido decimos que no es simple espíritu, sino que es “ánima”, alma.

Alma y ánima, pues, no significan aquí que es algo que anima a un cuerpo, sino que es algo cuya realidad constitutiva es ser exigencia entitativa de un cuerpo. Esta condición es lo que expresamos diciendo que el alma es "corpórea" desde sí misma. **Lo que hace que la *psyché* sea alma es su "corporeidad"**.

Esta expresión puede prestarse a equívocos. Puede entenderse que se trata de que el alma sea una propiedad corporal en el sentido de material. Pero eso nada tiene que ver con lo que acabamos de decir, naturalmente. Por otra parte, la expresión "forma de corporeidad" ha sido usual entre algunos escolásticos.

Pero con ella designaban una especie de forma sustancial que confería a la materia prima su realidad corporal que la hacía apta para una información anímica. Pero lo que he llamado corporeidad no es una "forma sustancial" sino un carácter "estructural", a saber, la índole del "de" cuando decimos que toda alma es estructuralmente "de" un cuerpo.

Y, en segundo lugar, no es el alma quien confiere a la materia su carácter de cuerpo, sino que en cierto modo es lo contrario: **es el alma la que por estar vertida desde sí misma a un cuerpo es corpórea**; por tanto, es el cuerpo quien califica al alma de corpórea.

El alma es, pues, estructuralmente corpórea. [...]

Por consiguiente, desde sí mismo, el organismo es "organismo-de" una *psyché*, "de" un alma. Aquí alma significa un momento "estructural" del cuerpo. El cuerpo no está "acoplado" a un alma, sino que es estructuralmente "anímico".»

[Zubiri, Xavier: *Escritos menores (1953-1983)*. Madrid: Alianza Editorial, 2006, p. 60 s.]



«Lo radical del cuerpo está en ser principio de actualidad. Cuerpo es por tanto algo más concreto que *materia*. Porque se trata de materia corpórea, y no de materia por oposición a espíritu.

Pero el hombre tiene otras notas, tiene otro subsistema parcial. Es el subsistema que llamo *psique*. Es solo subsistema parcial. No le llamo espíritu, por la misma razón que no he llamado materia al cuerpo. Y tampoco le llamo *alma*, porque el vocablo está sobrecargado de un sentido especial arquidiscutible, a saber, una entidad sustancial que habita "dentro" del cuerpo.

Prefiero por esto llamar a este aspecto simplemente *psique*. La *psique* no es una sustancia ni en el sentido vulgar del vocablo (eso es sobradamente evidente), pero tampoco en el sentido metafísico. La *psique* es solamente un subsistema parcial de notas dentro del sistema total de la sustantividad humana.

Ciertamente, este subsistema tiene algunos caracteres irreducibles al subsistema corpóreo, y en muchos aspectos (no en todos, bien entendido) tiene cierta dominancia sobre este. Pero sin embargo la psique es solamente subsistema parcial.

El hombre, pues, no “tiene” psique y organismo sino que “es” psico-orgánico, porque ni organismo ni psique tienen cada uno de por sí substantividad ninguna: solo la tiene el “sistema”, el organismo.

Pienso, por eso, que no se puede hablar de una psique sin un organismo. El hombre no es psique “y” organismo, sino que si psique es formal y constitutivamente “psique-de” este organismo, y este organismo es formal y constitutivamente “organismo-de” esta psique. La psique es por eso desde sí misma orgánica, y el organismo es desde sí mismo psíquico. [...]

La substantividad humana es así “una” por sí misma y de por sí misma.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1998, p. 40-41]

COMENTARIOS

«Quiero advertir que nuestra cultura que se cree supercivilizada profesa, allá en el más escondido hondón de su ser histórico, los mismos tabús prohibitivos que observamos en los pueblos más primitivos. Tabús mágicos y secretos que determinan la expulsión de quien osa quebrantarlos. La posibilidad de que alma y cuerpo están no separados, sino unidos, fue –y continúa siendo– una posibilidad que nuestra cultura somete a riguroso tabú.

En un histórico curso de 1948-49, Xavier Zubiri rompe este tabú tradicional de la filosofía. La Biología y la Medicina contemporánea tienen dos tabús similares: el que pesa sobre la posible relación de la corteza cerebral y sus núcleos centrales con el sistema vegetativo, con las regulaciones neuroendocrinas y el que distancia la herencia del ambiente.»

[Rof Carballo, Juan: *Biología y psicoanálisis*. Bilbao, 1972, p. 188-189]

•

La palabra **alma** proviene de la palabra latina **anima**. No está compuesta de dos palabras (como p. ej. *agridulce*), ni está formada mediante un prefijo (como es el caso en: *entretejer*, *envolver*, *retocar*, *amoral*). Simplemente es una evolución fonética a partir del latín *anima*, que por el fenómeno de “disimilación” dio en castellano *alma*.

Las vocales postónicas del latín desaparecen por regla general en castellano: *generu* > *verno*; *populu* > *pueblo*; *humeru* > *hombro*. La *a* es la que ofrece mayor resistencia a perderse, y por esto se refieren a ella casi todas las excepciones.

En el caso de **anima** desaparece la *i* postónica y se disimilan los sonidos próximos *n-m* > *l-m*, dando como resultado **alma**.

La palabra *alma* no tiene nada en común con muchos vocablos de origen árabe que comienzan con *al-*, por ejemplo: *alacena*, *alacrán*, *alambique*, *alarde*, *albacea*, *albañil*, *albarda*, *albornoz*, *albóndiga*, *alfombra*, *almacén*, *almanaque*, *almoneda*, etc. No todas las palabras que comienzan por *al-* son de origen árabe, por ejemplo, *almidón* está tomado del bajo latín *amidum* (latín *amylum*) y éste del griego *ámylon* 'no molido'.

Según Corominas, «la terminación moderna quizás se explique por el influjo de una pronunciación helenizante *amylón*». La palabra alemana *Almosen* (español "limosna") viene del griego *eleemosyne* ('compasión') > (alemán antiguo) *alamousa* > *almouse* > (alemán moderno) *Almose*.

En español, *limosna* viene de (español antiguo) *alimosna*, del latín *eleemosyna* (pronunciado usualmente *elimosyna*), tomado del griego *eleemosyne* (derivado del verbo *eleéo* 'me compadezco').

•

«**Alma**, S. XI. Del latín *anima* 'aire, aliento', 'alma'. Derivados:

desalmado, 1495

ánimo (cultismo), 1328

animosidad (hostilidad), 1490

animal, 1251 (del latín *animal*, *animalis*)

animar, 1440

desanimar, 1569

exánime, 1732

inánime, siglo XVII.»

[Corominas, Joan: *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. Madrid: Gredos, ³1987, p. 42]

«La forma culta *ánima* convivió con la popular *alma*, y todavía sigue empleándose en el habla vulgar y rústica, sobre todo hablando de las almas del purgatorio; *álma* es vulgarismo antiguo (J. del Encina) y americano (Cuervo, *Obr. Inéd.*, 230, 232). Nótese el uso pronominal arcaico (*ofrecer su alma* '(ofrecerse) a sí mismo' (*Calila*, LI, 30).»

[Corominas, J. y Pascual, J.A.: *Diccionario Crítico-Etimológico, Castellano e Hispánico*. Madrid: Gredos, 1983]

•

alma¹. (Del lat. *anīma*).

1. f. Principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida.
2. f. En algunas religiones y culturas, sustancia espiritual e inmortal de los seres humanos.

3. f. Vida humana. *Arrancarle a alguien el alma.*
4. f. Principio sensitivo que da vida e instinto a los animales, y vegetativo que nutre y acrecienta las plantas.
5. f. Persona, individuo, habitante. U. m. en pl. *Una población de 20 000 almas.* U. t. en sing. en frs. negs. *No se ve un alma en la calle.*
6. f. Sustancia o parte principal de cualquier cosa.
7. f. Viveza, espíritu, energía. *Hablar, representar con alma.*
8. f. Aquello que da espíritu, aliento y fuerza a algo. *El amor a la patria es el alma de los Estados.*
9. f. Persona que la impulsa o inspira. *Fulano fue el alma del movimiento.*
10. f. Cosa que se mete en el hueco de algunas piezas de poca consistencia para darles fuerza y solidez, como el palo que se mete en hacheros de metal, varas de palio, etc.
11. f. Hueco o parte vana de algunas cosas, y especialmente, ánima del cañón.
12. f. **ánima** (del purgatorio).
13. f. Pieza de hierro forjado que forma el recazo y espiga de la espada y en la parte correspondiente a la hoja va envuelta por las dos tejas de acero.
14. f. En los instrumentos de cuerda que tienen puente, como el violín, el contrabajo, etc., palo que se pone entre sus dos tapas para que se mantengan a igual distancia.
15. f. *Arq.* Madero que, asentado y fijo verticalmente, sirve para sostener los otros maderos o los tablones de los andamios.

alma². (Del hebr. *'almá*).

1. f. p. us. Virgen, doncella.

almo, ma. (Del lat. *almus*, de *alĕre*, alimentar).

1. adj. poét. Criador, alimentador, vivificador. *Alma Ceres.*
2. adj. poét. Excelente, benéfico, santo, digno de veneración.

ánima. (Del lat. *anĭma*, y este del gr. *ἄνεμος*, soplo).

1. f. **alma** (del hombre).
2. f. Alma que pena en el purgatorio antes de ir a la gloria.
3. f. **alma** (cosa que se mete en el hueco de algunas piezas para darles solidez).
4. f. En las piezas de artillería y en toda arma de fuego, en general, el hueco del cañón.

5. f. pl. Toque de campanas en las iglesias a cierta hora de la noche, con que se avisa a los fieles para que rueguen a Dios por las **ánimas** del purgatorio.
6. f. pl. Hora a que se tocan las campanas para este fin. *Ya son las ánimas. A las ánimas me volví a casa.*

ánimo. (Del lat. *anĭmus*, y este del gr. ἄνεμος, soplo).

1. m. Alma o espíritu en cuanto es principio de la actividad humana.
2. m. Valor, esfuerzo, energía.
3. m. Intención, voluntad.
4. m. Atención o pensamiento.

aliento. (Del lat. **alenĭtus*, por *anhelĭtus*).

1. m. Aire que se expulsa al respirar. *Echar el aliento. Buen, mal aliento.*
2. m. **respiración** (acción y efecto de respirar).
3. m. Vida, impulso vital.
4. m. Espíritu, alma.
5. m. Vigor del ánimo, esfuerzo, valor. U. t. en pl. con el mismo significado que en sing.
6. m. Soplo del viento.
7. m. Emanación, exhalación.
8. m. Inspiración, estímulo que impulsa la creación artística.
9. m. Alivio, consuelo.

hálito. (Del lat. *halĭtus*).

1. m. **aliento.**
2. m. Vapor que algo arroja.
3. m. **poét.** Soplo suave y apacible del aire.

espíritu. (Del lat. *spirĭtus*).

1. m. Ser inmaterial y dotado de razón.
2. m. Alma racional.
3. m. Don sobrenatural y gracia particular que Dios suele dar a algunas criaturas. *Espíritu de profecía.*
4. m. Principio generador, carácter íntimo, esencia o sustancia de algo. *El espíritu de una ley, de una corporación, de un siglo, de la literatura de una época.*

5. m. Vigor natural y virtud que alienta y fortifica el cuerpo para obrar.
Los espíritus vitales.
6. m. Ánimo, valor, aliento, brío, esfuerzo.
7. m. Vivacidad, ingenio.
8. m. **diablo** (ángel rebelado). U. m. en pl.
9. m. Vapor sutilísimo que exhalan el vino y los licores.
10. m. Parte o porción más pura y sutil que se extrae de algunos cuerpos sólidos y fluidos por medio de operaciones químicas.
11. m. Signo ortográfico con que en la lengua griega se indica la aspiración o falta de ella.

[DRAE]

•

Nebrija (1492):

«Alma por la cual vivimos, *anima, ae*; alma por la cual entendemos, *animus, i*; alma con que nos recordamos, *mens, tis*; alma que parece de noche, *lemures, rium*; alma que desciende al infierno, *manes, ium*.»

Herrera (1580):

«L'ánima, dicha del vocablo griego *ἄνεμος* significa espíritu, porque no se puede vivir sin espiración; de ésta dice San Agustín que cuando anima al cuerpo y le da vida se llama "ánima"; mientras quiere, "ánimo"; en tanto que está vestida de ciencia y ejercita la destreza y sabiduría de juzgar, "mente"; cuando se acuerda, "memoria"; discurriendo y discerniendo cada una cosa, "razón"; afixando en la contemplación, "espíritu", y en tanto que posee y señorea la fuerza de sentir, se apellida "sentido".

Todas estas cosas son oficios del ánima con que declara sus potencias y pone en obra y ejercicio sus acciones. Es nuestra ánima un espíritu incorpóreo y centella y espiráculo de la mente que diferencia al hombre de las bestias y lo consagra a la inmortalidad. Los filósofos le dieron asiento en medio del corazón, mas los médicos, que más acabadamente inquirieron las obras de la naturaleza, la constituyen en el cerebro, del cual proceden todos los sentidos y facultades y todas las acciones del alma.»

Ayala (1693):

«Entre alma y *ánima*, aunque significan lo mismo, observamos los castellanos una diferencia: que cuando hablamos de los que viven siempre decimos alma, como en muchas de las locuciones que trae Covarrubias. Y *ánima* decimos cuando se trata de los difuntos, como si se habla de las ánimas del purgatorio.»

[Gili Gaya, Samuel: *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 1960, tomo primero A-E, pp. 121-122]



«Antropología del estoicismo primitivo:

El hombre es un microcosmos compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo es una mezcla de elementos suministrados por los padres. Está compuesto de tierra y agua. Las almas son partículas desprendidas del Fuego divino o del alma universal (*divinae particula aurae*). Es una especie de calor racional (νοερόν θερμόν) o un pneuma compuesto de aire y fuego.

El alma es corpórea, según los estoicos antiguos. Marco Aurelio llegó tardíamente a concebir su espiritualidad. Se alimenta de la sangre y por la respiración, con la cual absorbe el fuego y el aire. Tiene por función mantener la cohesión entre los elementos del cuerpo y armonizar sus distintas partes. Preside y regula su desarrollo (φύσις).

Distinguían en el alma ocho partes o potencias. La principal o núcleo central, es el alma racional (λογική δύναμις) o directiva (ἡγεμονικόν).

Del alma central (*hegemonikón*) se derivan otras siete potencias o soplos vitales, que se ramifican por todo el cuerpo a la manera de los tentáculos del punto. Son los cinco sentidos, cada uno de los cuales tiene un pneuma especial. "Del alma rectora, alojada en el corazón, parten los otros siete soplos, como los brazos de una estrella de mar. Los soplos son cuerpos que se desplazan a la manera de los cuerpos".

Solamente es inmortal el Alma del mundo.»

[Fraile, Guillermo: *Historia de la filosofía I – Grecia y roma*. Madrid: BAC, 1965, p. 615-617]



«Concepto y esencia del alma según los estoicos.

El hombre no es solo cuerpo; tiene también alma. Pero la palabra alma puede tener varias significaciones. Puede entenderse por alma aquello que da al hombre movimiento propio y con ello la vida. Puede también entenderse el alma como uno de los miembros de la tripartición cuerpo-alma-razón (φύσις, ψυχή = πνεύματιον, λόγος ἡγεμονικόν), que corresponde sensiblemente a la distinción platónico-aristotélica de las potencias anímicas en vegetativas, sensitivas y racionales.

Puede también significar alma "la parte rectora del alma", la razón. Y finalmente puede ser el término alma un nombre complejo para designar estas funciones en su totalidad y en su compleja interacción. Pero en todo caso el alma es πνεῦμα [pneuma, 'soplo', 'aliento'] y, como tal, ha de considerarse como una agregación de fuego y aire.

Y por lo tanto es un cuerpo. Sin embargo, no se la localiza en ninguna parte determinada del cuerpo, sino que se compenetra con todo él y solo por excepción se dice que está en el corazón, o, en cuanto alma racional, en la cabeza.

Reina, así pues, en la estoa la misma vacilación en este punto que advertimos ya en Platón y en Aristóteles. Unas veces, material; otras, inmaterial; por un lado, algo sensible; por otro, espíritu.

Unas veces se la divide en partes en partes, otras se la concibe como una unidad; por un lado, es esencialmente distinta del cuerpo; por otro es el principio de vida del cuerpo y, por tanto, forma una unidad viviente con él.

Como Platón y Aristóteles se piensa también en la estoa, y esto es fundamental para toda concepción ética, que el alma "racional" es la que ha de regir en el hombre, De ahí su nombre de "alma rectora" (ἡγεμονικόν).»

[Hirschberger, Johannes: *Historia de la filosofía* I. Barcelona: Herder, 1968, p.225-226]



«Zubiri estuvo manteniendo a lo largo de la mayor parte de su vida que la intelección de las cosas como realidades es un salto cualitativo de tal categoría, que hace necesaria la postulación de un principio nuevo, de carácter espiritual, el alma. El animal que carecería de alma espiritual, se movería en el orden del puro estímulo, en tanto que el ser humano, precisamente por su alma, actualizaría las cosas como realidades. Adviértase que ni el alma está dada en aprehensión primordial, ni tampoco el puro sentir animal.

¿Sabemos, acaso, cómo sienten los animales? Si lo sabemos, es por procesos complejísimo de deducción, no porque tengamos experiencia directa de ello. ¿Y sabemos algo directamente a propósito del alma, o del puro psiquismo? Evidentemente, no.

Todo esto son postulados metafísicos, no datos primarios sacados de la descripción del acto de la aprehensión humana. Lo único que Zubiri hizo con la descripción noológica de la aprehensión humana, es afirmar que esos dos elementos, el sentiente y el intelectivo, se daban siempre y necesariamente juntos: que eran indisolubles. Lo que la descripción noológica le permitía afirmar es que nunca podían darse separados, como había venido aceptando la tradición dualista occidental, que por una parte admitía en el ser humano un acto de sentir y de otra un acto de inteligir.

Lo que dice Zubiri es que se trata de un solo acto; pero ese acto es, añade, de inteligencia sentiente. El problema es si esto último es necesariamente así.

Veamos qué cambios hay que introducir en la doctrina de Zubiri de la inteligencia sentiente cuando se aceptan los postulados del último Zubiri. Recordemos en qué consisten estos:

Desaparece el término alma. Zubiri lo sustituye por el de psiquismo, y dice que las notas psíquicas son un subsistema del único sistema real, el sistema sustantivo en que consiste la realidad humana. Pero hay más. Añade que esa sustantividad tiene una génesis, y que el psiquismo específicamente humano es el resultado de un proceso, de un dar de sí de las propias estructuras orgánicas, que emerge de ellas.

Esto obliga a matizar el término de "subsistema" que había utilizado antes. Con la palabra subsistema se puede dar a entender que dentro del sistema sustantivo hay unas notas constitutivas o elementales que son orgánicas y hay otra u otras notas constitutivas o elementales que son las psíquicas. Pero esto no es compatible con la propia idea de génesis del sistema sustantivo humano.

Si hay génesis, es preciso aceptar que lo específicamente humano es el resultado de esa génesis, y que por tanto lo específicamente humano, la inteligencia, no es una nota constitutiva o elemental sino una nota constitucional o sistemática.

La inteligencia surge por sistematismo. Llegada a un cierto punto la complejidad del organismo humano, aparecería la inteligencia como resultado de ese mismo sistematismo. La actualización de las cosas como realidades sería, en este caso, el resultado de ese salto cualitativo, el que se produce en los seres de la especie humana a partir de un cierto momento de su desarrollo o evolución.

Esa propiedad, que es sistemática, es decir, integral, que abarca a todo el sistema, lo resume o sintetiza en su conjunto. Si es así, no tiene sentido decir que la inteligencia humana es sentiente. Lo único que cabría decir es que el ser humano tiene esa cualidad que llamamos inteligencia, que le permite actualizar las cosas como realidades.

Esa cualidad abarca todo, desde las sensaciones de los sentidos hasta los actos más elevados del pensamiento. No tendría, pues, sentido hablar de un "puro sentir" y de un "puro inteligir".

Lo único de lo que el ser humano tiene experiencia es de su "sentir" peculiar, ese que es "intelectivo", y que por tanto se identifica compactamente con el inteligir. Tanto se identifica, que no sabe ni utilizar dos términos para denominarlo.

Pero aún hay más. Porque si esto es así, tampoco tiene mucho sentido afirmar, como constantemente hace Zubiri, que la inteligencia es privativa del ser humano, y que los animales no actualizan las cosas más que como estímulos, de modo que tienen pura formalidad de estimulidad, pero no inteligencia.

«La filosofía clásica ha resbalado sobre la impresión de realidad. Es esta impresión, sin embargo, lo que constituye el inteligir primordial, y no las combinaciones, incluso selectivas, de lo que suele llamarse inteligencia

animal. Mucho menos aún puede hablarse, como es hoy frecuente, de inteligencia artificial» (IRE 85).

Esto es de nuevo consecuencia de su prejuicio metafísico. La estimulidad no hay duda de que es también, como la inteligencia, una nota sistemática, que permite a los animales actualizar las cosas en formalidades que son muy distintas según la escala zoológica.

No actualizan las cosas lo mismo las amebas que los perros, ni estos que los monos. Hay muchos niveles. Por supuesto, el nivel humano es distinto de todos los otros. Pero se encuentra en línea con ellos. Es un salto cualitativo nuevo, pero surgido de la misma manera, como dice el propio Zubiri en sus últimos textos, a partir de la materia.

Pero si esto es así, ¿por qué no afirmar que se trata de distintos tipos de inteligencia? ¿Por qué ese empeño en establecer una cesura infranqueable entre los animales y el ser humano, y decir que aquellos solo actualizan las cosas como estímulos? Ya sabemos que el ser humano no tiene aprehensión directa de los puros estímulos.

De lo único que tiene aprehensión directa es de su tipo específico de aprehensión de las cosas, la que hemos llamado aprehensión de realidad. Si a la capacidad de hacer esto la llamamos inteligencia, lo lógico sería decir que los animales tienen grados distintos y menores de inteligencia, pero no completamente distinto.

En última instancia, se trata de distintos saltos cualitativos, pero todos en la misma línea. ¿Por qué no denominar todos con la misma palabra, inteligencia, si bien añadiendo que esa inteligencia es cualitativamente distinta en cada caso?

Lo lógico sería proceder así, ya que desde la aprehensión humana o podemos más que nombrar nuestro modo de aprehender o actualizar las cosas, y si a este la llamamos "inteligente", entonces tenemos que decir que el único nombre que tenemos para designar la actualización de las cosas es el de inteligencia.

El cambio operado en los últimos escritos de Zubiri revierte sobre muchas de sus tesis anteriores y obliga a introducir en ella ciertas correcciones, que en algunos casos llegan a ser importantes. Una de ellas, no sé si la mayor es sin duda la del concepto de inteligencia sentiente. En esa expresión hay un lastre metafísico difícilmente compatible con sus últimos planteamientos. En estricta teoría noológica no es posible definir lo que es "puro sentir", ni lo que es "puro inteligir", ni tampoco cabe aplicar a los animales la categoría de puro sentir para diferenciarles radicalmente del inteligir humano.

Lo más lógico sería decir que se trata de diferentes niveles de actualización de las cosas, y, por tanto, partiendo de la experiencia específicamente humana, que es la experiencia intelectual, decir que se trata de distintos niveles de inteligencia, si bien cualitativamente distintos del humano.»

[Gracia, Diego: *El poder de lo real*. Madrid: Ed. Triacastela, 2017, p. 460-462]

ESPÍRITU Y ALMA

según José Ortega y Gasset

«En todo instante surgen en nosotros esos impulsos del alma que vemos situados en torno a nuestro núcleo personal y a distancias diferentes. Lo propio acontece con los deseos o apetitos que nacen y mueren con nosotros, sin contar para nada con nuestro yo.

Son míos, repito; pero no son yo. Por eso, el psicólogo tiene, a mi juicio, que distinguir entre el “yo” y el “mí”. El dolor de muelas, me duele a mí, y, por lo mismo, él no es yo. Si fuésemos dolor de muelas, no nos dolería: doleríamos más bien a otro, e ir a casa del dentista equivaldría a un suicidio, pues, como dice Hebbel, “cuando alguien es una pura herida, curarlo es matarlo”.

“Mis” impulsos, inclinaciones, amores, odios, deseos, son míos, repito, pero no son “yo”. El “yo” asiste a ellos como espectador, interviene en ellos como jefe de policía, sentencia sobre ellos como juez, los disciplina como capitán. Es curioso investigar el repertorio de eficientes acciones que posee el espíritu sobre el alma, y, por otra parte, notar sus límites.

El espíritu o “yo” no puede, por ejemplo, crear un sentimiento, ni directamente aniquilarlo. En cambio, puede, una vez que ha surgido un deseo o una emoción en cierto punto del alma, cerrar el resto de ella e impedir que se derrame hasta ocupar todo su volumen.

A veces nos dan una noticia sumamente penosa; por ejemplo: nos comunican la muerte de una persona amada. Coincide la ocasión con un momento en que los deberes sociales exigen de nosotros todos los arrestos. Entonces nosotros dejamos la impresión producida en aquel lugar de la periferia anímica, como acordonada y en lazareto; no la permitimos pasar de allí, seguros, no obstante, de que, transcurrido algún tiempo, podremos abrir a la emoción nuestra alma, como quien levanta la esclusa de una presa, y sentirnos inundados de angustia y de amargor.

Cabe, pues, bajo el imperio de la voluntad contraer el alma, cerrando sus poros y haciéndola hermética o, por el contrario, esponjarla, dilatar sus poros, aprestándola a absorber grandes cantidades de amor o de odio, de apetitos o de entusiasmo.»

[José Ortega y Gasset: “Vitalidad, alma, espíritu” (1924). En: *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1963, pp. 463-464]



«El mundo antiguo en su totalidad sólo conoce un modo de ser que consiste en exteriorizarse, por tanto, en abrirse u ostentarse, en ser hacia afuera. De aquí que, al hallazgo del ser, esto es, la verdad, llamasen

“descubrimiento” – ἀλήθεια, manifestación, desnudamiento. Pero el pensamiento cartesiano consiste, opuestamente, en ser para sí, en darse cuenta de sí mismo, por tanto, en ser para dentro de sí propio, en reflejarse en sí, en meterse en sí mismo.

Frente al ser hacia fuera, ostentatorio, exterior, que conocían los antiguos, se alza este modo de ser constituido esencialmente en ser interior a sí, en ser pura intimidad, reflexividad.

Para realidad tan extraña fue preciso hallar un nombre nuevo: el vocablo “alma” no servía –porque el alma antigua era no menos externidad que el cuerpo, como que era en Aristóteles, y fue todavía en Santo Tomás de Aquino, principio de la vitalidad corporal. Por eso es gran problema para Santo Tomás la definición de los ángeles –que son almas sin cuerpo, cuando la definición aristotélica de alma incluye la vitalidad corporal.

Pero la *cogitatio* no tiene que ver con el cuerpo. Mi cuerpo es, por lo pronto, sólo una idea que mi mente tiene. No está el alma en o con el cuerpo, sino la idea cuerpo dentro de mi mente, dentro de mi alma.

Si, además, resulta que el cuerpo es una realidad fuera de mí, una realidad extensa, efectivamente material y no ideal –quiere decirse que alma y cuerpo, mente y materia no tienen nada que ver entre sí, no pueden tocarse ni entrar en relación alguna directa.

Por vez primera en Descartes el mundo material y lo espiritual se separan por su esencia misma –el ser como exterioridad y el ser como intimidad son desde luego definidos como inseparables. No cabe antagonismo mayor con la filosofía antigua. [...]

El nombre que después de Descartes se da al pensamiento como ser para sí, como darse cuenta de sí, es... consciencia o conciencia. No alma, ánima, ψυχή –que significa aire, soplo– porque anima al cuerpo, le insufla vida, le mueve– como el soplo marino empuja la vela combándola– sino consciencia, es decir, darse cuenta de sí. En este término aparece a la intemperie el atributo constituyente del pensamiento– que es saberse, tenerse a sí mismo, reflejarse, entrar en sí, ser intimidad.

La conciencia es reflexividad, es intimidad y no es sino eso.»

[Ortega y Gasset, J.: “¿Qué es filosofía?” (1941). En: *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, vol. VIII, p. 372-373]

ALMA, PSIQUE, CUERPO

en la filosofía de Xavier Zubiri

En las siguientes citas, el gran filósofo español Zubiri expone su concepción unitaria de la persona o de la sustantividad humana. Zubiri habla siempre de psique o psiquismo y rechaza el empleo de la palabra “alma” por estar asociada en la filosofía occidental a la teoría de la sustancia de Aristóteles y a su teoría hylemórfica, según la cual las sustancias naturales están

compuestas de materia (prima) y forma (substancial): materia informada. Así el cuerpo sería la materia y el alma la forma substancial.

El alma sería una sustancia interior al cuerpo que sería también sustancia. El alma y el cuerpo formarían así una dualidad: "el alma está en el cuerpo". En esta concepción del alma se basan las definiciones que dan los diccionarios:

Alma. En una persona, parte espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, y que, junto con el cuerpo, constituye su esencia humana. (*Diccionario didáctico*, Madrid: Ediciones SM, 1993)

Para Zubiri psique no es alma. La realidad sustantiva (no substancial) humana es un sistema de notas, psíquicas unas y corporales otras. Cuerpo y psique son sólo dos subsistemas o sistemas parciales del sistema de la sustantividad humana:

El momento físico-químico de esta sustantividad no es, como suele decirse, "materia" ni siquiera "cuerpo" (cosas ambas asaz vagas), sino que es precisa y formalmente "organismo", esto es, una especie de subsistema parcial del sistema total.

Y el aspecto psíquico de esta sustantividad tampoco es, como suele decirse, "espíritu" (término también muy vago). Podría llamarse alma si el vocablo no estuviera sobrecargado en el sentido especial, muy discutible, archidiscutible, de una entidad "dentro" del cuerpo, etc. Prefiero por eso llamar a este aspecto simplemente "psique". (X. Zubiri)



«Zubiri niega la primacía de la sustancia, pero ya dentro de la sustantividad no renuncia a mantener ese concepto –más bien en sentido categorial que predicamental–, de tal modo que podría sospecharse que la sustantividad es una combinación funcional de sustancias en relación transcendental o una relación transcendental entre sustancias; sólo hacia 1974 la idea de sustancia desaparecerá de su filosofía.

¿Qué le aporta ahora a Zubiri la idea de sustancia? Desde el punto de vista de la constitución de lo dado como sustantividad, pienso que nada; pero desde el punto de vista de una elaboración racional de lo dado, puede servirle como concepto de transición para problemas antropológicos como la capacidad del psiquismo para llegar a subsistir aislado de la complejidad de la sustantividad humana.

De ahí la introducción de un segundo concepto de difícil manejo: el subsistema. Con este término se designa un grupo de notas que tienen entre sí alguna afinidad que las debe dotar de cierta suficiencia (en caso contrario, no podrían distinguirse unos de otros), pero les falta clausura cíclica y, por tanto, sólo pueden actuar dentro de la totalidad del sistema.

El problema surge porque en la práctica es casi imposible aislar esas agrupaciones de notas; cuando Zubiri defendía un dualismo antropológico,

el sistema humano constaba de dos subsistemas –organismo y psique– compuestos de notas irreductibles, pero que sólo estaban “facultadas” para actuar unitariamente, aun cuando se trataba de “potencias” irreductibles.

En el caso de la inteligencia sentiente, esto resulta además claramente asimétrico, pues el sentir en cuanto tal está “facultado” para actuar y sólo en el caso de la inteligencia sentiente se reduce a una “potencia” que es factor de esa única facultad, pero el inteligir es una “potencia” que nunca está facultada para actuar por sí sola.

Cuando dentro del conjunto de las notas constitucionales, Zubiri dice que “las notas esenciales forman un subsistema” (SE 192), ahora surge un matiz distinto, pues no parece tratarse de nada que tenga ninguna “potencia” específica, sino que se refiere tan sólo a la línea de la constitución interna que configura su carácter estrictamente individual, un tema no siempre bien comprendido.»

[Pintor-Ramos, Antonio: *Nudos en la filosofía de Zubiri*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2006, p. 222]



«Espíritu y alma

Llamo espíritu al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista. El ejemplo más claro es la voluntad. Ese hecho interno que expresamos con la frase “yo quiero”, ese resolver y decidir, nos aparece como emanado de un punto céntrico en nosotros, que es lo que estrictamente debe llamarse “yo”. [...]

Lo propio acontece con el pensamiento. El acto en que entendemos con evidencia suficiente una proposición científica sólo puede ser ejecutado por ese centro de mi ser, que es la mente o espíritu. Ni con el cuerpo ni con el alma *sensu stricto* se piensa.

En todo auténtico “entender”, “razonar”, etc., se produce un contacto inmediato entre el “yo” espiritual y lo entendido. Es como un ver las ideas y sus relaciones, donde el ver adquiere un sentido de plena actividad. Por eso no sabe “pensar” en estado de somnolencia, sino sólo en momentos de máxima tensión en que más excitado se halla ese carácter autocrático, generador de actos propios, que designábamos como distintivo del espíritu.

Pero hay otra nota que diferencia lo espiritual de la zona a la cual reservamos el nombre estricto de alma. Los fenómenos espirituales o mentales no duran; los anímicos ocupan tiempo.

El entender que $2 + 2 = 4$ se realiza en un instante. Puede costarnos mucho tiempo llegar a entender algo; pero si lo entendemos –esto es, si lo pensamos–, lo pensamos en un puro instante.

No cabe, en términos rigurosos, decir que estamos pensando más o menos tiempo. Por “estar pensando” significamos la serie sucesiva de muchos

actos de pensar, cada uno de los cuales es un relámpago mental. Del mismo modo se quiere o no de un golpe.

La volición, que acaso tarda en formarse, es un rayo de actividad íntima que fulmina su decisión. En cambio, todo lo que pertenece a la fauna del alma dura y se alarga en el tiempo. Mientras pensar y querer son actos, por decirlo así, puntuales, son deseos o sentimientos líneas afluyentes. Se “está triste”, se “está alegre” un rato, un día o toda la vida.

Cuando se ama, el amor no es una serie de puntos discontinuos que se producen en nosotros, sino una corriente continua en que, sin interrupción, actúa el sentimiento. Bastaría esta diferencia para separar radicalmente nuestra vida intelectual y volitiva de la región del alma donde todo es fluido, manar prolongado, corriente atmosférica.

Entre la vitalidad, que es, en cierto modo, subconsciente, oscura y latente, que se extiende al fondo de nuestra persona como un paisaje al fondo del cuadro, y el espíritu, que vive sus actos instantáneos de pensar y querer, hay un ámbito intermedio más claro que la vitalidad, menos iluminado que el espíritu y que tiene un extraño carácter atmosférico. Es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, de los impulsos y apetitos: lo que vamos a llamar, en sentido estricto, alma.

El espíritu, el “yo”, no es el alma: pudiera decirse que aquél está sumido, y como náufrago, en ésta, la cual le envuelve y le alimenta. La voluntad, por ejemplo, no hace sino decidir, revolver entre una u otra inclinación: prefiere lo mejor; pero no querría por sí nada si no existiese fuera de ella ese teclado de las inclinaciones, donde el querer pone su dedo imperativo, como el juez no existiría si no hubiera gentes interesadas en pleitear. [...]

“Mis” impulsos, inclinaciones, amores, odios, deseos, son míos, repito, pero no son “yo”. El “yo” asiste a ellos como espectador, interviene en ellos como jefe de policía, sentencia sobre ellos como juez, los disciplina como capitán. Es curioso investigar el repertorio de eficientes acciones que posee el espíritu sobre el alma, y, por otra parte, notar sus límites. El espíritu o “yo” no puede, por ejemplo, crear un sentimiento, ni directamente aniquilarlo. En cambio, puede, una vez que ha surgido un deseo o una emoción en cierto punto del alma, cerrar el resto de ella e impedir que se derrame hasta ocupar todo su volumen. [...]

Esta tripartición de nuestra intimidad en las tres zonas de vitalidad, alma y espíritu nos es impuesta por los hechos, y hemos llegado a ella sin otra operación que filiar estrictamente, como hace el zoólogo al clasificar la fauna, los fenómenos internos.

Esos tres nombres, pues, no hacen sino denominar diferencias patentes que hallamos en nuestros íntimos sucesos: son conceptos descriptivos, no hipótesis metafísicas. Es cosa bien clara que en el dolor me duele mi cuerpo, que la tristeza está en mí, pero no viene de mi yo; en fin, que pensar o querer son actos “míos”, en el sentido de que nacen de mi yo.

El pronombre “mi” significa evidentemente cosa distinta en los tres casos. Porque mi cuerpo, objeto extenso y material, no puede ser “mío”, en la misma forma que lo es la tristeza, y ésta, a su vez, no es “mía”, de la misma suerte que una decisión emanada del yo en un creador acto de voluntad. Y, sin embargo, esa pertenencia a la persona, ese formar parte de un sujeto que el posesivo “mío” expresa, tiene lugar en los tres casos.

Esto nos obliga, por lo menos provisionalmente, a hablar de tres “yo” distintos que integran unitariamente nuestra personalidad: un “yo” de la esfera psicocorporal, un “yo” del alma, un “yo” espiritual o mental. Ahora bien: el “yo” indica siempre un término central de referencia. [...] El yo espiritual tiene, como sus actos, un carácter puntual.

Yo no puedo pensar una cosa con una parte de mi mente y otra contraria o meramente distinta con otra, no puedo tener a un tiempo dos voliciones divergentes. En cambio, pueden nacer en mi alma varios y aun opuestos impulsos, deseo y sentimientos.

El yo del alma tiene, pues, un área dilatada y, como si dijéramos, una extensión psíquica, en cada uno de cuyos puntos puede nacer un acto emotivo o impulso diferente. Y como los sentimientos, deseos, etc., son más o menos profundos, más o menos superficiales, habremos de pensar el alma a la manera de un volumen euclidiano, con sus tres dimensiones. [...]

Entendimiento y voluntad son operaciones racionales, o, lo que es lo mismo, funcionan ajustándose a normas y necesidades objetivas. Pienso en la medida en que dejo cumplirse en mí las leyes lógicas y en que amoldo mi actividad de inteligencia al ser de las cosas. Por eso, el pensamiento puro es en principio idéntico en todos los individuos.

Lo propio acontece con la voluntad. Si ésta funcionase con todo rigor, acomodándose a lo que “debe ser”, todos querríamos lo mismo. Nuestro espíritu, pues, no nos diferencia a unos de otros, hasta el punto de que algunos filósofos han sospechado si no habrá un sólo espíritu universal, del que el nuestro particular es sólo un momento o pulsación. [...]

El espíritu no descansa en sí mismo, sino que tiene sus raíces y fundamento en ese orbe universal y transubjetivo. Un espíritu que funcionase por sí y ante sí, a su modo, gusto y genio, no sería espíritu, sino un alma.

El que piensa una verdad se da cuenta de que todo espíritu tiene que pensarla de hecho o de derecho con él. En cambio, mi tristeza es mía sola, nadie la puede sentir conmigo y como yo, ni cabe que varios pongamos los belfos en la misma corriente de alegría para abrevarnos de ella, como cabe que se nutran de la misma verdad seres innumerables.

Parejamente defina Kant la voluntad espiritual por el imperativo categórico, según el cual sólo se puede querer lo que todos pueden querer. [...] Pensar es salir fuera de sí y diluirse en la región del espíritu universal. Amar, en

cambio, es situarse fuera de todo lo que no sea yo y ejercer por propio impulso y propio riesgo esa peculiar acción sentimental.

El alma forma, pues, un recinto privado frente al resto del universo, que es, en cierto modo, región de lo público. El alma es "morada", aposente, lugar acotado para el individuo como tal, que vive así "desde" sí mismo y "sobre" sí mismo, no desde" la lógica o "desde" el deber, apoyándose "sobre" la Verdad eterna y la eterna Norma. [...]

El predominio del espíritu y del cuerpo tienden a desindividualizarnos y, al propio tiempo, a suspender nuestra vida de alma. La ciencia y la orgía nos vacían de la emoción y del deseo y nos arrojan de ese recinto, desde el cual vivíamos frente a todo lo demás, *sumidos en nosotros mismos*, y nos vuelcan sobre regiones extraindividuales, sea la superior de lo Ideal, sea la inferior de lo Vital y cósmico.»

[Ortega y Gasset, José: "Vitalidad, alma, espíritu" (1924). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. II, 1963, p. 461-468]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten